



MELÓN JIMÉNEZ, Miguel Ángel, *España en la guerra de los Siete Años. La campaña imposible de Portugal y el Ejército de Prevención*, Madrid, Sílex Universidad, 2022, 755 pp. ISBN: 978-84-18388-50-7

Óscar Recio Morales
Universidad Complutense de Madrid (España)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2914-588X>
orecio@ucm.es

En una interesante contribución, el prof. Josep M. Fradera consideró la guerra de los Siete Años (1756-1763) como “el punto de salida de la reorganización política, militar y económica y de los sistemas coloniales de todos los países europeos y que, en el caso británico, condujo en línea recta a la crisis norteamericana de un lado y a la colonización de Bengala del otro”. En efecto, el conflicto que enfrentó a Inglaterra y Prusia, por una parte, contra Francia, Austria, Rusia, Suecia y Polonia, por otra, ha sido considerado por la historiografía como el primero a escala planetaria. España permaneció neutral hasta el Tercer Pacto de Familia firmado con Francia en 1761. Tras su firma, la guerra con Inglaterra fue inevitable y tuvo profundas consecuencias para España. Es en este contexto en el que se sitúa la *Guerra Fantástica*, la campaña portuguesa de 1762 emprendida por los ejércitos aliados hispano-franceses. Acabó llamándose así porque no hubo grandes batallas. Pero los eufemismos empezaron desde el principio: en su declaración de guerra del 11 de junio de 1762, Carlos III aseguraba que no pretendía llevar a cabo una guerra ofensiva contra los portugueses, sino “librarlos del yugo de los ingleses y dañar a estos, mis enemigos declarados” (p. 131); tampoco se llamó invasión, sino “ingreso” o “entrada” de las armas del Rey; no fue una guerra ofensiva, sino “defensiva” o “preventiva”, y el mismo ejército se denominó oficialmente “Ejército de Prevención”. Para contrastar su avance, el precario ejército portugués se limitó a poner en práctica una guerra de guerrillas con el objetivo de romper las líneas de abastecimiento de las tropas españolas. La animadversión del campesinado portugués ante los actos de pillaje de las tropas castellanas y de las fuerzas auxiliares francesas hizo el resto. El cese de hostilidades llegó en noviembre de ese mismo año de 1762 y la paz fue firmada en Versalles a principios del siguiente. En un final de operaciones caracterizado por una pandemia de fiebres tercianas, la campaña causó 12.000 bajas españolas y un coste estimado de más de 74 millones de reales. El Tratado de París (1763) no modificó la frontera y hubo de esperarse hasta 1801 cuando, en el marco de un nuevo conflicto hispano-portugués (la guerra de las Naranjas), este trazado se modificó con la incorporación de Olivenza a España.

A excepción de la contribución citada del prof. González Enciso sobre su coste, la *Guerra Fantástica* ha sido una “guerra olvidada” por la historiografía española. Esta monografía del prof. Melón Jiménez resulta un exhaustivo estudio de esta campaña y viene a colmar este vacío desde el punto de vista español, siendo el ejército aliado hispano-francés el objetivo primario de su interés. Nos encontramos ante una obra “pausada”, de fácil lectura gracias a su magnífica redacción, aunque a veces demasiado densa por la prolijidad de los detalles. Pero una obra, al fin y al cabo, “de otros tiempos”, en una época como la actual de resultados inmediatos y donde la monografía de calidad –que debería ser el pilar de los estudios humanísticos– ha cedido terreno a los artículos de impacto. El autor aborda su estudio desde dos planos: uno macro, explicando las causas del conflicto, los debates, las estrategias llevadas a cabo y sus resultados; y uno micro, al examinar sus consecuencias a nivel local, sobre las poblaciones de Salamanca y Ciudad Rodrigo, y en las regiones extremeña, gallega y castellana en su conjunto.

Varios aspectos, a nuestro juicio, hacen especial este libro: en primer lugar, llama la atención la ingente cantidad de fuentes primarias utilizadas. El material procede de grandes archivos nacionales y militares españoles (especialmente Simancas e Histórico Nacional) y franceses (Vincennes). Pero también de archivos provinciales y municipales de las áreas afectadas, a los dos lados de la frontera, que proporcionan una detallada descripción de las operaciones llevadas a cabo sobre el terreno, de la logística y de la retaguardia más próxima. Desde el punto de vista de las fuentes utilizadas, nos encontramos ante una “historia total”. Este inmenso trabajo de recopilación de fuentes históricas se ve reflejado en la extensión del libro y, en ocasiones, un excesivo abuso de los detalles. Los planos y mapas a color al final de la obra son un valor añadido importante para seguir el curso de las operaciones, aunque, dada la extensión del libro (755 páginas) y el inmenso trabajo realizado por el autor para llevarlo a término, se echa en falta un índice de nombres y lugares al final del mismo.

El segundo aspecto que nos gustaría destacar es cómo la “gran política” internacional parece quedar un tanto desdibujada. Es cierto que la obra se abre con el capítulo 1 dedicado a *España en la guerra de los Siete Años*, pero en el resultado final del libro los pactos, alianzas, intereses, acuerdos y desacuerdos entre los monarcas no son los grandes protagonistas. A nuestro juicio, creemos que esto tampoco era la intención del autor. Los protagonistas son otros: en escena aparecen los oficiales y soldados que llevan a cabo las operaciones; una geografía del territorio que cobra vida propia y limita los movimientos de las tropas y la logística; los protagonistas son también la población civil que sufre a ambos lados de la Raya la presión para sustentar a las tropas, la represalia sobre la población civil portuguesa, el pillaje sistemático y el reclutamiento de soldados al otro lado de la frontera española, que también impactaba de lleno en la población civil. El acantonamiento de las tropas, la requisición de víveres para su manutención, el aumento de las exigencias fiscales y la interrupción de las relaciones comerciales tuvieron un profundo impacto en todas las comunidades locales cercanas a la Raya. Esta situación provocó una serie de resistencias que también son estudiadas por el autor: en Salamanca, por ejemplo, la Universidad, los estudiantes y las autoridades municipales se enfrascaron en eternos debates sobre fueros y privilegios con el objetivo último de limitar quintas y alojamientos de soldados (pp. 244-245). Los continuos llamamientos a los vecinos de Ciudad Rodrigo a “que cada uno cumpla como debe” manifestaban la resistencia a las empresas organizadas desde el centro del poder con dramáticas consecuencias locales. Hubo protestas y pasquines en Badajoz que denunciaban los ocultos propósitos de un conflicto cuyas verdaderas razones, según los denunciantes, se ocultaban al pueblo. En Extremadura, la guerra no hacía sino agravar una situación de miseria generalizada, donde sus habitantes –siguiendo a Aranda en un informe a Wall– “viven desdichadamente, comen poco, y no tienen camas en que dormir” (p. 425). Por último, la protección ofrecida a los desertores entre la población era otro síntoma más de este rechazo. En suma, el libro nos aporta información sobre un terreno todavía inexplorado como lo es la resistencia pasiva o activa de la población a las políticas agresivas y coercitivas emanadas desde el poder.

En tercer lugar, nos gustaría destacar una de las tesis más importantes del libro al descartar el elemento de improvisación con la que esta campaña ha pasado a la historia. Al contrario, el autor examina toda su complejidad en la planificación y ejecución. Esta tesis, sin embargo, puede llegar a contradecirse (no por culpa del autor, sino de sus protagonistas) con la ineficacia del plan de operaciones y sus pobres resultados. Esta situación pudo deberse a que el mando del ejército español había previsto una “guerra limpia y rápida”, una *blitzkrieg* “que acabara prácticamente antes de que el enemigo se diera cuenta de que había comenzado y tuviera tiempo para reaccionar” (p. 104). Pero los problemas empezaron desde el principio y estuvieron muy lejos de una idónea planificación: para llevarla a cabo se designó al anciano teniente general Nicolás de Carvajal, marqués de Sarria, en contra del criterio de Ricardo Wall, que optaba por el conde de Aranda. No había pasado un mes de la declaración de guerra y ya se estaban dando los pasos para sustituir a un agotado y enfermo Sarria por Aranda, que tuvo que regresar “atropelladamente” (según sus propias palabras) desde el otro extremo de Europa (su embajada en Varsovia) para tomar el mando (p. 134). El autor examina acertadamente la diferencia de visión entre ambos: mientras Sarria entendió la guerra como un episodio más de los seculares enfrentamientos entre los dos países vecinos, Aranda la situó en un contexto global, el propio de la guerra de los Siete Años. “Esto significaba” –sostiene el autor– “un cambio sustancial en la percepción del conflicto, pero no sería suficiente para reorientar el curso de los acontecimientos ni modificar la estrategia diseñada” (p. 178).

Por último, tratándose de un territorio vecino que había formado parte de la Monarquía hispánica, sorprende mucho la falta de información cartográfica sobre Portugal y sobre la situación de las tropas enemi-

gas. Ricla admitió que “me falta el conocimiento de la calidad y particularidades del terreno enemigo, de lo efectivo de nuestras fuerzas, y mucho más de las de los enemigos y situación exacta de sus campamentos” (p. 129). Gregorio Muniáin –una excepción positiva en el grado de recopilación de información– elevó el tono en una carta dirigida al marqués de Camarena, gobernador militar de Alcántara: “me admiro de que usted no tenga la facilidad de adquirir con certidumbre e individualidad los movimientos, designios, y número de las tropas portuguesas que supone en esas inmediaciones” (p. 271). El propio autor del libro sostiene, al hablar de la correspondencia entre Wall y Sarria, que “los informes que manejaban demuestran, a partes iguales, la incredulidad e ignorancia geográfica de quienes gestionaban los destinos de miles de hombres” (p. 153). Incluso en los territorios portugueses conquistados por los españoles puede seguirse esta falta de información, porque las nuevas autoridades no encontraron la forma de administrarlos (p. 286). Esta situación hizo que el ejército conquistador temiera que su propio territorio fuera conquistado, debido a las posibles incursiones de los ejércitos anglo-portugueses sobre una frontera tan extensa.

En conclusión, nos encontramos ante una obra “total” sobre este episodio peninsular de la guerra de los Siete Años y en un libro de referencia sobre el tema. Pero el libro no es importante tan sólo para cubrir la campaña portuguesa de 1762 desde el punto de vista de los aliados hispanofranceses: al fin y al cabo, nos encontramos ante una guerra sin batallas. La obra es importante porque es un estudio integral de todos los límites del conflicto armado en la época, y sobre los que queda todavía mucho por explorar. Nos referimos a la falta de información cartográfica sobre el terreno y del precario desarrollo de la inteligencia militar; a los límites impuestos por la logística (un elemento justamente valorizado en el capítulo 8) y otros elementos naturales muy presentes en el Antiguo Régimen, como la epidemia de tercianas que marcó el final de la guerra; y por último –y a nuestro juicio una de las características más positivas de esta obra– el conflicto demostró la disparidad de intereses entre gobernantes y gobernados. De una frontera hispanoportuguesa porosa en tiempos de paz, se pasó durante el conflicto a una frontera divisoria de sufrimiento compartido por las poblaciones locales de ambas partes, meros peones de la “gran política” decidida a cientos de kilómetros. Como el propio Carlos III reconoció sin tapujos, “emprendí la guerra solo para proporcionar la paz al rey [de Francia], mi primo” (p. 339).